

Apuntes para una lectura antropológica del trabajo

Notes for an Anthropological Reading of Work

Ciro Schmidt Andrade
Universidad Católica de Valparaíso
Chile

Resumen

El trabajo como toda actividad del hombre debe insertarse en un mundo de sentido, que hoy pareciera ser el productivo, olvidando otras dimensiones del mismo, que enriquecen el vivir del hombre en su avance hacia un mundo más humano y humanizante

Palabras clave: Trabajo, hombre, naturaleza, mercancía.

Abstract

Work, like all activities of man, should be inserted in a world of meaning, which today seems to be the productive, forgetting other dimensions of the same, which enrich man's living in his advance toward a more humane and humanizing world.

Key words: Work, man, nature, goods.

Introducción

La vida humana en su conjunto, así como en sus expresiones, se caracteriza por búsquedas que le den sentido último a todas sus dimensiones. Una de ellas es el trabajo mirado hoy como negocio, opuesto al ocio, en un mundo y unas sociedades –unas más que otras– que se caracterizan por ser “trabajólicas”.

Se cuenta como anécdota que Don Miguel de Unamuno dormitaba en la hamaca del jardín de su casa cuando un vecino que pasaba le dice “Don Miguel ¿descansando?” a lo que él respondió “No, trabajando”. Unos días más tarde pasó el mismo vecino y viendo que Don Miguel se afanaba en el arreglo de su jardín, le indica “Don Miguel, ¿trabajando?” A lo que este responde “no, descansando”.

Esta modesta anécdota nos mueve a preguntarnos qué sentido tiene el trabajo en el existir del hombre que es añoranza de sentido. Qué papel, desempeña en lo que se ha llamado “proceso de humanización creciente” ¿Un pensador no trabaja? Trabajo no es lo mismo que actividad y no se mide por su utilidad.

Se ha llegado a decir que el origen de la filosofía, el principio que compromete y acompaña todo su desarrollo, es el asombro. Pero lo que confirma su movimiento, lo que en definitiva consagra y consolida su sentido, es la admiración. La admiración está acompañada por el arrobamiento y el consentimiento. Da lugar a un éxtasis y completa una plenitud inesperada. La admiración alegra el espíritu y lo satisface, pero es difícil en nuestros tiempos, llenos de la atronadora gloria de las ciencias, de sus imágenes y de nuestros escepticismos. Miramos sin ver, nos oímos sin escucharnos. Ni siquiera vemos el esplendor de la luz y la belleza de los cuerpos. Tampoco oímos ya el murmullo del viento y el grito del sufrimiento. Estamos distraídos de la realidad a fuerza de preocuparnos por nuestros proyectos y de manipular nuestros cuerpos. La asfixia de nuestros días suscita en nuestro mundo deseos que flirtean con la alienación, con experiencias que se dicen extáticas pero que, por artificiales, carecen de humanidad y provocan desfondamientos espirituales o humanos. La admiración es tranquila, sin duda más austera que esos éxtasis, menos agitada, pero responsable, unificada interiormente y, sobre todo, modesta.¹ Desde ella nos preguntamos por nuestro quehacer y, en definitiva, por nuestro existir en su totalidad.

Visión histórica

La caracterización del trabajo ha sido considerada desde diversos parámetros con respecto a los aspectos que hacen patente la diversidad y la complejidad del ser del hombre y de su historia, con los valores que en ellas predominan. Así nos referimos a su ser como *Homo Faber*, *Homo Sapiens*, *Homo Ludens* y son una muestra del sentido cambiante, a través de la historia del quehacer del hombre e incluso de la comprensión de su naturaleza.

Surge en una lectura literal de las Escrituras como un castigo impuesto por Dios a los primeros padres y al mismo tiempo como una necesidad para obtener sustento “con el sudor de la frente”. Aun cuando existen atisbos de colaboración con la creación que dan algo de profanidad a su naturaleza, esta concepción se extiende por largo tiempo.²

En Grecia al igual que en Roma se consideraba solo el trabajo productivo y de servidumbre, por lo que era propio de las clases más bajas. El noble no trabaja, al igual que en la Edad Media; se dedicaba a la guerra, la vida cortesana y la vida política. Sólo los monjes le dan algo de nobleza a pesar de que su ocupación principal era el estudio y la vida contemplativa. Un poco más tarde sería la vida de predicación.

Hay marcado sentido económico en el “mundo del trabajo”. Se convierte poco a poco en una mercancía de trueque en los procesos industriales, de masificación y de automatización. El mundo del trabajo es el mundo de la producción en sentido material.³ Con ello el trabajo adquiere como sentido único el ser un medio de sustento que en el quehacer económico del mundo actual muchas veces se ve enfrentado al capital. Al margen de ello permanece siempre presente una visión religiosa parcializada y más o menos acentuada según épocas, lugares, creencias, en que aparece como castigo.

A fin de comprender plenamente la circunstancia humana y las posibles elecciones que el hombre enfrenta, debemos estudiar un tipo de conflicto fundamental, ya insinuado e inherente a la existencia humana. Por

1 Cfr. GILBERT, P. *La simplicidad del principio*, UIA, México, 2001. pp. 59-74.

2 Una de esas excepciones es la presentación del Jesús obrero, hijo de carpintero y el hecho de los primeros apóstoles en su mayoría simples pescadores.

3 Recomiendo ver la película “Los Tiempos modernos de Ch. Chaplin, que constituye una tragicomedia de los inicios del mundo de la automatización.

cuanto que el ser humano tiene un cuerpo y necesidades corporales, las mismas esencialmente que las del animal, tiene también un impulso intrínseco a sobrevivir físicamente, aun cuando los métodos que emplea no poseen el carácter instintivo y reflejo que está más desarrollado en el animal. El cuerpo del hombre lo hace querer sobrevivir sin importar las circunstancias, aun las relacionadas con la felicidad o con la infelicidad, con la esclavitud o la libertad. Consecuencia de esto es que el hombre debe trabajar u obligar a otros a que trabajen para él. En el pasado, el hombre invirtió la mayor parte de su tiempo en la recolección de alimentos. Utilizo aquí la expresión “recolección de alimentos” en un sentido muy amplio. En el animal, esto quiere decir esencialmente recoger el alimento en la cantidad y la calidad que su aparato instintivo le indica. En el hombre hay una flexibilidad mucho mayor en cuanto al tipo de alimento que puede elegir; pero, por encima de esto, el hombre, una vez que ha comenzado el proceso de la civilización, trabaja no sólo para reunir alimento, sino para vestirse, para construir refugios y, en las culturas más avanzadas, para producir las variadas cosas que, sin ser estrictamente necesarias para su supervivencia física, se han desplegado como necesidades reales formando la base material de una vida que permite el desarrollo de la cultura.

Si el hombre estuviera satisfecho con gastar su vida cuidando de su subsistencia, no habría problema. Aunque no tiene el instinto de la hormiga, podría soportar perfectamente una existencia de hormiga. Sin embargo, forma parte de la condición humana el que el hombre no esté satisfecho con ser una hormiga, el que al lado de esta esfera de la supervivencia biológica o material haya una esfera característica del hombre, que podemos llamar transutilitaria o de la trans-supervivencia.⁴

Sin embargo, desde el comienzo de la era industrial, la verdad cristiana sobre el trabajo debía contraponerse a las diversas corrientes del pensamiento materialista y economicista. En esta corriente el trabajo se entiende y se trata como una especie de mercancía que el trabajador vende al empresario, que es a la vez poseedor del capital, es decir, del conjunto de los instrumentos del trabajo y de los medios que hacen posible la producción. Hoy en día esta corriente ha cedido a un modo más humano de pensar y de valo-

4 FROMM, Erich. *La revolución de la esperanza*. Fondo de Cultura Económica. México, 1° ed., 4° reimpresión, 1987 pp. 74-75.

rar el trabajo. A pesar de todo, el peligro de considerar el trabajo como una mercancía o como una fuerza anónima necesaria para la producción existe siempre. En estos casos el hombre es considerado como un instrumento de producción.⁵ Si la economía tiene su razón de ser en la satisfacción de las necesidades materiales del ser humano, entonces no cabe la menor duda que la clave del quehacer económico lo constituye el trabajo, porque mediante este el ser humano y el grupo humano pueden, en concreto, satisfacer sus necesidades materiales y alcanzar un nivel de vida humana.

¿Qué significa esto? Pues que precisamente porque el hombre tiene consciencia e imaginación y el poder de ser libre, tiende connaturalmente a no ser. Él quiere no sólo saber lo que se necesita para sobrevivir, sino comprender qué es la vida humana. Constituye entre los seres vivos el único caso que tiene consciencia de sí mismo. Y quiere utilizar las facultades que ha desarrollado en el proceso de la historia, las cuales le sirven más que el proceso de la mera supervivencia biológica. El hambre y el sexo, en cuanto fenómenos puramente fisiológicos, pertenecen a la esfera de la supervivencia. (El sistema psicológico de Freud padece de este error definitivo que era parte del materialismo mecanicista de su tiempo y que lo llevó a erigir una psicología sobre esas pulsiones que están al servicio de la supervivencia.) Pero el hombre tiene pasiones que son específicamente humanas y que trascienden la función supervivencial.⁶

Ambas formas de existencia, la de coleccionar alimentos para sobrevivir, en el sentido que sea, y la actividad libre y espontánea, que es la expresión de las facultades del hombre y que adquiere sentido más allá del trabajo utilitario, son inherentes al existir humano⁷

Todo gran arte se halla, por su esencia misma, en conflicto con la sociedad con la que coexiste. Expresa la verdad acerca de la realidad, a despecho de que esta verdad favorezca o impida los esfuerzos por sobrevivir de una sociedad dada. Todo gran arte es revolucionario porque se refiere a la realidad del hombre y pone en duda las diversas formas transitorias de la sociedad humana. Es más revolucionario -si es un gran artista- que los artistas del “realismo socialista” que se limitan a reproducir la particular forma

5 MIFSUD, Tony. *Moral del discernimiento*. Ediciones Paulinas, Chile, 1988. p. 126.

6 FROMM, E. Op. Cit. pp. 74-75.

7 *Ibidem*. p. 76.

de su sociedad incluyendo sus contradicciones. Es un hecho asombroso que el arte no haya sido proscrito a lo largo de la historia por las distintas fuerzas que existieron y que existen. Son varias tal vez las razones de esto. Una es que sin arte el ser humano languidece y acaso ni siquiera sea útil para las finalidades prácticas de su sociedad. Otra razón es que el gran artista por su particular forma y perfección ha sido siempre un “extraño” y, en consecuencia, mientras sólo estimula a la vida y la crea no resulta peligroso porque no traslada su arte al terreno político. A más de esto, por lo general el arte estaba únicamente al alcance de las clases cultas o políticamente menos peligrosas de la sociedad. Los artistas han sido los bufones de la corte de toda historia pasada. Les permitieron decir la verdad porque la representaban en una forma artística propia de ellos, pero socialmente restringida.⁸

La sociedad industrial de nuestros días se enorgullece de que millones de personas tienen oportunidad, y en verdad que la utilizan, de escuchar excelente música viva o en grabaciones, de ver arte en los numerosos museos del país y de leer las obras maestras de la literatura desde Platón hasta Russell en ediciones baratas y fáciles de adquirir. Sin duda alguna, este encuentro con el arte y la literatura es para una pequeña minoría una genuina experiencia. Para la vasta mayoría, en cambio, la “cultura” es otro artículo de consumo y también un símbolo de status, por cuanto que ver los cuadros “debidos” conocer la “buena” música y leer los “buenos” libros indica tener una educación esmerada y resulta, por tanto, útil para ascender en la escala social. Lo mejor del arte ha sido transformado en un artículo de consumo, o sea que se reacciona ante él de una manera enajenada. La prueba es que muchas de las mismas personas que van a conciertos, escuchan música clásica, compran una edición barata de Platón miran sin disgusto los programas vulgares y sosos de la televisión. Si su experiencia con el arte fuera genuina, apagarían sus aparatos televisores cada vez que presentan “dramas” chabacanos y triviales.

Sin embargo, el anhelo del hombre por lo dramático, por lo que toca el fondo de la experiencia humana, no está muerto. Mientras que la mayoría de los dramas del teatro o del cine no son más que mercancías no artísticas o productos para consumo enajenado, el “drama” moderno, cuando es auténtico, es primitivo y bárbaro. El ansia de drama en estos tiempos se mani-

8 *Ídem.*

fiesta más genuinamente en la atracción por los accidentes, los crímenes y la violencia reales o de ficción. Un accidente automovilístico o un incendio atraerán una multitud de gente que observará con gran atención. ¿Por qué es así? Simplemente porque la confrontación elemental con la vida y la muerte resquebraja la experiencia convencional y fascina a la gente ansiosa de drama. Por igual razón, nada vende más un periódico que las noticias de crímenes y de violencia. El hecho es que mientras, superficialmente, se dispensa a la tragedia griega, o a las pinturas de Rembrandt la más alta estimación, sus verdaderos sustitutos son el crimen, el asesinato y la violencia, sea que se desarrollen directamente en la pantalla del televisor o que se los lea en los periódicos.⁹

La historia como creación de un mundo más humano por obra del hombre está sostenida en su realización por dos factores, por otra parte inseparables: la palabra y el trabajo. El trabajo es el punto de apoyo de la obra histórica, en cuanto que todo bien cultural es creado por el trabajo humano, en el contexto de una comunidad de palabra y de praxis. Todo el patrimonio cultural (técnicas, bienes culturales en sentido estricto, principios educativos, etc.) es fruto del trabajo realizado durante infinitas generaciones que se han ido siguiendo en el tiempo. La expresión del hombre en la interioridad, obligatoria.¹⁰

El concepto de «trabajo», como todos los demás conceptos que indican dimensiones fundamentales del hombre, tiene diversos significados. Hay dos especialmente que merecen nuestra atención. El término trabajo en sentido estricto indica especialmente el trabajo corporal y manual, o bien el trabajo productivo. En este sentido se distinguirá entre el «mundo del trabajo» y el mundo de la cultura (en sentido igualmente restringido). Los trabajadores no se confunden con los profesores, los administrativos, los empleados, etc. El trabajo en este sentido estricto podría caracterizarse en estos términos: todo esfuerzo corporal que se hace para transformar la materia y producir un plusvalor; por ejemplo, la agricultura, la industria, la pesca, etc. Podría decirse también que el trabajo indica todas las actividades humanas que se desarrollan en el marco del proceso productivo que transforma a la materia.

9 *Ibidem.* pp. 79-80.

10 RICOEUR, P. *Le travail et la parole*, en el volumen *Histoire et vérité*, París 1955, pp. 183-212. y Gevaert, Joseph: *El problema del hombre*. Edic. Sígueme Salamanca, 1976 p. 243.

El término trabajo tiene además un sentido más amplio y más rico. El trabajo es cualquier actividad humana (el trabajo en el sentido anterior, las actividades intelectuales, etc.) hecha para realizar un fin serio y necesario.

Estos dos conceptos son legítimos y sobre todo complementarios. Entre el trabajo y la cultura, entre el trabajo manual e intelectual existe una especie de relación dialéctica.¹¹ El hombre trabaja cuando utiliza sus fuerzas corporales y espirituales para realizar un fin serio, que debe alcanzarse o realizarse.¹²

Visión antropológica

No podemos establecer acá un estudio del ser del hombre pero si debemos destacar algunos aspectos: el hombre es consciente y libre y constituye un ejército de hormigas que “trabajan”. Por lo mismo su actividad debe ser expresión de esa Naturaleza humana, la que condiciona su realización.

Podemos interpretar el universo a la luz de las relaciones humanas, porque el universo ampara una interpretación así. Y descubrimos entonces que si el universo vive debido a los hombres, los hombres viven de lo que también pertenece al universo. La esperanza de nuestros ojos y de nuestros oídos se eleva entonces hacia el Viviente, que viene cerca de nosotros, entregándose pacientemente.¹³

El hombre modifica el medio natural al introducir entre él y la naturaleza un conjunto de instrumentos que le pertenecen: vestidos, útiles de cocina, aperos de labranza, armas defensivas, depósitos, graneros, ciudades, industrias, caminos, autopistas, parques y jardines, fuentes, etc.¹⁴

El martillo es para clavar un clavo. El clavo es para que la mesa tenga patas y pueda sostener los vasos, los vasos remiten a la jarra, la jarra es para el grifo, etc. Ningún utensilio humano se puede considerar aisladamente; to-

11 GEVAERT, J. Op. Cit. pp. 244-245.

12 No interesa insistir en el carácter de dureza (física y psíquica). El trabajo no es menos trabajo por el hecho de que se haga con gozo y satisfacción.

13 Gilbert Paul: “Metafísica: La paciencia de ser” Ediciones Sígueme, Salamanca. 2008. pp. 387-388.

14 Los griegos definían la casa como *el conjunto de todos los instrumentos* que el hombre tiene para satisfacer sus necesidades. La casa es el lugar donde se guardan los instrumentos. Éstos se guardan juntos, no se pueden considerar aisladamente. Cfr. Aristóteles, *Política*, 1253a 30.

dos guardan una relación al cuerpo y a la función que ejercen sobre los demás instrumentos: «al ser del útil es inherente siempre un todo de útiles»¹⁵. Cada instrumento o útil pone al descubierto «una totalidad de útiles» que podemos llamar «*plexo* de referencia». El hombre vive rodeado de los instrumentos que él mismo ha fabricado. Esos instrumentos forman un *plexo o red* en la cual unos se refieren a otros, y todos ellos forman *el mundo humano*. Una ciudad no es más que un *plexo* gigantesco de instrumentos técnicos, dentro del cual el hombre vive. Una casa es un *lugar* donde se guardan los instrumentos, siendo la propia casa otro instrumento que cobija a todos los demás, y al hombre mismo.

Importa mucho destacar aquí que la referencia de unos instrumentos a otros procede del hecho de que un instrumento abre posibilidades de crear otros nuevos, y éstos no serían posibles sin el primero: sin rueda no cabe inventar el carro, sin pólvora no caben armas de fuego, sin motores no caben coches, etc. Una parte no pequeña de la historia de la humanidad es el descubrimiento y aprovechamiento de las posibilidades que ofrecen los inventos técnicos ideados por el hombre.

Por otro lado, el conjunto de útiles o instrumentos incluye en sus referencias a la naturaleza: «el bosque es parque forestal, la montaña cantera, el río fuerza hidráulica, el viento es viento *en las velas*». Y así, el *plexo* de instrumentos en cuanto está inmerso en la naturaleza configura el *mundo humano* como *paraje* donde uno vive, como «todo lo que hace frente» y está «en tomo a nosotros». El conjunto de seres naturales y artificiales en medio de los cuales nos encontramos viviendo es nuestro «mundo».

El *plexo* de los instrumentos modifica el entorno físico original en el que el hombre se instala. Aquí surge el problema ecológico: esa modificación puede ser perjudicial o excesiva para la naturaleza, e incluso no del todo necesaria para el hombre. Ahora lo importante es advertir que la persona humana *no se adapta al medio* sino en una medida pequeña; más bien el hombre es el ser que *adapta el medio a él*, modificándolo según sus necesidades.¹⁶

Pasividad no significa sufrir la actuación de otra nota (esto puede ocurrir o no ocurrir, según las notas y los casos), sino recibir la determinación o

15 HEIDEGGER, *Ser y tiempo*, Fondo de Cultura Económica. México, 1951, & 15, 82.

16 GLBERT, P. Ob. Cit., p. 388.

configuración de la onda entera por el hecho de estar «en» ella. Y esto es un modo de actividad. La pasividad es un momento de la actividad misma. Se pertenece a la onda, pero pasivamente. Pasividad no es un «estar» pasivo, sino un «actuar» en pasividad, pasivamente: actividad pasiva, actividad receptiva. No se recibe por una especie de choque, sino en y por un modo de actividad propio. Entonces la nota no ejecuta nada, pero al pertenecer a la onda recibe activamente la determinación configuracional de ésta. La dominancia no se manifiesta entonces en disponibilidad, sino en pasividad. Junto al modo de trabajo accional y de trabajo en disponibilidad, es un tercer modo de trabajo, trabajo en pasividad¹⁷.

La actividad indicada no es ni accional ni en disponibilidad, es mera acción pasiva. Nos lleva a la experiencia de una materia hostil y extraña. Por el hecho mismo de que el trabajo es una operación que se aplica a una materia para transformarla, el trabajo supone una resistencia que hay que vencer. El objeto a producir no existe al principio más que como idea de lo que hay que hacer. La idea tiene que llegar a ser cosa y esta realización o encarnación de la idea exige un esfuerzo tanto o más penoso cuanto que la materia en la que la idea tiene que encarnarse ofrece mayor resistencia.

Además de estas resistencias que vienen del exterior hay que añadir las del sujeto mismo que trabaja: orientación constante a la dureza y oposición de los materiales, para vencerlos y cambiarlos y la tensión de la voluntad hacia un fin a alcanzar.

Pero si esta primera reacción la podríamos llamar de “violencia” viene una segunda de colaboración y de respeto. La civilización técnica ha puesto de relieve la primera. Por eso el sentido del respeto está más amenazado de tal forma que al hacer de las cosas una prolongación del cuerpo, se llega a tratar al cuerpo como una cosa. El trabajo cobrará su plena significación humana en la medida que se le entienda como una colaboración con la naturaleza. Entonces ayudará al hombre a realizarse como ser en el mundo. No es el cuerpo el que trabaja sino el hombre entero. Allí están presentes sus músculos, su sistema nervioso, sus automatismos y sus reflejos. La mano viene precisamente a significar esta participación de los diferentes órganos y de las diversas funciones del cuerpo. De ahí que el trabajo se lo califique fun-

17 COLOMER, Eusebio. “Mundo y Dios al encuentro: El evolucionismo cristiano de Teilhard de Chardin” Edit. n° 2 p. 70.

damentalmente de "manual". Pero al mismo tiempo es un espíritu también el que está a la obra. El trabajo se constituye a base de la unidad de la actividad corporal y de la espiritual. La mano es cuerpo y espíritu. No se pueden separar estos dos aspectos del trabajo sin mutilarlo y sin dejarlo privado de su humanidad.¹⁸

El trabajo en sentido objetivo: la técnica. El dominio del hombre sobre la naturaleza se realiza en el trabajo y mediante el trabajo. Emerge así el sentido objetivo del trabajo, el cual halla su expresión en las varias épocas de la cultura y de la civilización. Pero el sujeto propio del trabajo es el hombre. La técnica -entendida como un conjunto de instrumentos de los que el hombre se vale en el trabajo- es indudablemente una aliada del hombre porque le facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica. Sin embargo, es un hecho que a veces la técnica puede transformarse de aliada en adversaria del hombre, como cuando la mecanización del trabajo suplanta al hombre, quitándole toda satisfacción personal y el estímulo a la creatividad y responsabilidad; cuando quita el puesto de trabajo de muchos trabajadores antes ocupados, o cuando mediante la exaltación de la máquina reduce al hombre a ser su esclavo.

El trabajo en sentido subjetivo: el hombre, sujeto del trabajo. El hombre debe someter a la naturaleza porque como imagen de Dios es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo. Como persona, el hombre es sujeto del trabajo. Los trabajos, independientemente de su contenido objetivo, han de servir a la realización de la humanidad del hombre. El "dominio" sobre la naturaleza se refiere a la dimensión subjetiva más que a la objetiva: esta dimensión condiciona la misma esencia ética del trabajo. En efecto, no hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide por sí mismo. El evangelio del trabajo determina el valor del trabajo no del tipo de trabajo que se realiza, sino en el hecho de que quien lo ejecuta es una persona. Las fuentes de la dignidad del trabajo deben buscarse principalmente no en su dimensión objetiva sino en su dimensión subjetiva.¹⁹

18 ARNAÍZ, J. *Antropología del obrar humano*. Ediciones Paulinas. Chile, 1984. p. 239.

19 MIFSUD, Tony. Op Cit. p. 126.

Así pues, el hombre «trabaja» cuando desarrolla sus actividades en el marco de lo que se ha juzgado como necesario para la realización de la sociedad en todos sus aspectos, aun cuando esa actividad no sea productiva y no implique prácticamente ningún esfuerzo muscular. Así es como trabaja el artista, el estudiante en la escuela, el investigador en su biblioteca o en su laboratorio, el asistente social en un barrio de la ciudad, el sacerdote enseñando religión o esforzándose en armonizar a un matrimonio, el psiquiatra que pacientemente escucha al enfermo, etc.²⁰

El trabajo productivo, en sus expresiones actuales, sólo es posible sobre la base de una amplia difusión de la cultura y de una determinada estructura de la vida social: amplia instrucción de base, especialización tecnológica avanzada, investigación profunda en los laboratorios, diversas formas de asistencia social, etcétera. Por otra parte, la expansión de la cultura en una sociedad concreta está profundamente determinada por las posibilidades de trabajo y por el nivel tecnológico alcanzado. Por tanto el trabajo es la base de la cultura y al mismo tiempo está en profunda dependencia del nivel cultural en cuanto a las modalidades y las formas con que se realiza ese trabajo. El trabajo manual y el trabajo intelectual no son más que dos lados inseparables y dialécticos de una misma creación de cultura y de historia humana.

«Trabajar», en estos sentidos específicos, es una dimensión fundamental de la presencia humana en el mundo. La existencia humana es una tarea y esa tarea no puede llevarse a cabo más que mediante la transformación y la humanización del mundo: la creación de un mundo- más humano.²¹

El trabajo y el ser del hombre

El autor de la ciencia, no es el todo del hombre, a menos que destruya al otro, que manipule al pobre y al débil, a aquél que no puede defenderse y hacerse reconocer como una persona capaz de coacción. La diferencia *querida* por los autores modernos entre el individuo activo y la naturaleza pasiva no es primera. Nosotros reconocemos una diferencia más profunda y originaria, la del mundo y la naturaleza, y en el mundo el de las personas que se unen en el trabajo.²²

20 GEVAERT, J. Op. Cit. p. 246.

21 Idem.

La palabra lo indica: admirar es «mirar hacia», dejar que lo que se ve guíe la mirada, sin nunca penetrar en ello y apropiárselo, sin nunca absorberlo. La admiración es tensión y espera, es esperanza, es atención más que intención. La reserva y la prudencia hacia sí misma le son esenciales. Constituye la experiencia metafísica primera, la de la alianza del espíritu que espera el ser en el ente y del ser que se anticipa al espíritu en el ente.

Por tanto, el hombre no está inactivo, como los leones cuando no tienen hambre. Se mueve, va y viene, se instala, trae «sus cosas», trabaja y modifica el paisaje donde vive: parece siempre afanado en mejorar su vivir. El hombre no «pasa» por los sitios sin dejar huella, sino que «se queda», permanece en un lugar, y *lo habita*. El hombre convierte la Tierra en Mundo, habita el mundo, no se limita a vivir en la tierra; ¿Qué significa «habitar»? «Habitar quiere decir estar en un sitio teniéndolo»²³.

Efectivamente: si es cierto que la Creación no está terminada todavía, sino que se realiza de una manera más hermosa que nunca a nuestro alrededor, mediante nuestra acción en el mundo y por el mundo colaboramos con la potencia creadora de Dios; coincidimos con ella, nos volvemos, por decirlo así, su instrumento y su prolongación. Este contacto es continuo, puesto que siempre obramos. Y mientras no pongamos límites a nuestra fidelidad y a la rectitud de nuestra intención, unida nuestra voluntad con la divina, nos ponemos en contacto en cierta manera, por nuestro corazón, con el corazón de Dios.

Nuestro obrar será humano si además de situarse en el hombre hace al hombre más hombre. Y para ello tiene que asimilar la triple relación que incluye lo humano: subjetiva, intersubjetiva y cósmica. Nuestra manera de existir no es la propia de los objetos. Somos realidad dada y libertad creadora.²⁴ El trabajo -obra típica del hombre- aparece para T. de Chardin como factor de verdadera socialización, principio de vida comunitaria, y como

22 GILBERT, Paul. *Metafísica: La paciencia de ser*. Ediciones Sígueme, Salamanca. 2008. p. 349.

23 YEPES, Ricardo y ARANGUREN, Javier. *Fundamentos de Antropología: un ideal de la excelencia humana*. EUNSA, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 6° ed, 2006. pp. 86-87.

24 ARNAIZ, José. *Antropología del obrar humano*. Ediciones Paulinas. Chile, 1984 p. 209.

modo de participar en el progreso humano y de tomar contacto con la materia.²⁵

El trabajo es sin duda la actividad que más y mejor contribuye a que conozcamos el misterio de las “cosas”, su resistencia, exterioridad, impermeabilidad, su querer seguir siendo lo mismo. No es un pasatiempo que deje las potencias y tendencias a su libre juego o las dirija a placer. Tiene como carácter esencial la seriedad e implica esfuerzo continuado ya que requiere constancia.

En primer lugar, es falso que todo lo social sea de tipo laboral. ¿Cómo se va a pretender que la opinión pública sea un fenómeno de colaboración? En segundo lugar, no toda labor es de carácter social. Ahí es donde aparece el abismo que separa la sociedad humana, aun en su aspecto laboral, de las llamadas sociedades animales. En una sociedad animal, cada uno de sus componentes trabaja por sí, aunque como resultado de un fenómeno de adaptación biológica. Ejecuta una labor que no depende más que de su propio organismo, aunque el resultado de esa labor sea convergente con la labor de los demás.²⁶

El domicilio nos conduce así al otro foco de la estructura total que estamos analizando, a la razón cotidiana por la cual se abandonó el domicilio: el trabajo. Ahora bien, mientras que el domicilio representaba un inmediato estar disponible para mí, un espacio vuelto permanentemente a mis requerimientos, con objetos a la mano para mi uso y mi goce personales, el trabajo representa el lugar de mi disponibilidad para lo Otro: disponibilidad para la máquina que debo hacer producir para el patrón, para el jefe, para la clientela; disponibilidad para el auditorio, para el consumidor. Un ser para otros a fin de ser para sí, en un tiempo externo y mediatizado. Tiempo ferial, lo llamaremos, en contraposición al tiempo festivo y domiciliario.²⁷

Y cabe afirmar que el grado de distancia y exterioridad de este ser para otro, respecto de un ser para sí, en otro tiempo y en otro lugar, define con bastante exactitud el tipo de sociedad dada la que se pertenece: desde la sociedad en que el trabajador vende, enajena sus fuerzas simplemente a

25 T. de Chardin: “*Science et Christ*” Edit Seuil, Paris, vol. II op. 39-44.

26 ZUBIRI, Xavier. *Sobre el hombre*. Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 250 – 251.

27 GIANNINI, Humberto. *La reflexión cotidiana*. Edit Universitaria, Chile, 6° ed., 2004, p. 35.

cambio de una paga -la ignominia del trabajo como mercancía- hasta la sociedad en que el trabajo implica esencial y concretamente un ser para nosotros, esto es, una efectiva comunidad en la inteligencia y en el destino de la obra. El primer signo de un tiempo democrático, común.

De aquí se deriva para todo hombre el deber de trabajar fielmente, Por lo cual, el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. Por consiguiente, es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo, pero -ante todo- el trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo. Suponiendo que algunos trabajos realizados por los hombres puedan tener un valor objetivo más o menos grande, sin embargo, cada uno de ellos se mide sobre todo, con el metro de la dignidad del sujeto mismo del trabajo, o sea de la persona, del hombre que lo realiza. La finalidad del trabajo, de cualquier trabajo realizado por el hombre permanece siempre el hombre mismo.

Decir que el trabajo es una dimensión esencial de la presencia en el mundo, no equivale a decir que toda la humanidad del hombre se agote en el trabajo. El hombre trabaja para que le sea posible vivir y estar en un nivel digno del hombre. Esto quiere decir que el ejercicio de la humanidad comprende otros aspectos fundamentales. Se trabaja para ser alguien frente a los demás, esto es, frente a las personas queridas. Se trabaja también para tener tiempo de contemplar, de meditar, de pasar un rato alegre con los demás, de estudiar e investigar, de rezar y adorar. Vivir sólo y únicamente en medio de las relaciones de trabajo, con toda la racionalización y constrictión que esto supone, no puede menos de producir, según la frase de G. Marcel, «une étouffante tristesse». El hombre no existe para trabajar, sino que trabaja y debe trabajar para existir como ser humano en la dignidad y en la nobleza de su existencia. El trabajo no es una dimensión que haya que superar y abreviar todo lo más posible. Pero tampoco tiene que ocupar todas las expresiones humanas y todo el espacio del tiempo. Es y debe seguir siendo un camino esencial e insuperable para el ejercicio más pleno de la humanidad del hombre.²⁸

La denuncia de la mentalidad tecnológica no es una afirmación burguesa en contra de la afirmación del marxismo. Se trata de una auténtica

28 GEVAERT, Op. Cit. p. 247.

preocupación por la humanidad del hombre. En último análisis es el hombre mismo el que tiene que usarlo para su propia liberación.²⁹

El concepto mismo de trabajo queda restringido con frecuencia y parece estar ya superado. El trabajo productivo, con la acentuación de la dimensión manual, es indudablemente un factor central del proceso de humanización. Pero ese trabajo es posible solamente cuando va acompañado de otras formas de trabajo que son específicamente de orden intelectual y social. Todo el proceso de producción depende en gran parte de la razón, esto *es, de la capacidad de investigación, de proyecto, de sondeo* de las necesidades sociales. Ninguna técnica productiva puede caminar sin una aportación sustancial de las ideas que de nuevo hacen caminar a la historia.³⁰

Apéndice: Visión ética

Un tema que queda pendiente en tanto no se refiere directamente a nuestro análisis es el de la ética en torno al trabajo. Salarios, relación trabajo-capital y muchos otros, para lo cual, a pesar de las notas que siguen me permito remitir a obras sobre ética como las ya señaladas de M. Vidal y T. Mifsud.

El trabajo, viene ligado por una parte a la condición humana misma, pero el hombre necesita esforzarse para hacerse trabajador. El trabajo que definimos como actuación para la creación de valores desempeña un papel importante en el desarrollo del hombre hacia su destino, que radica en el despliegue de los valores personales que lo realizan en su ser. La primacía axiológica del trabajo da una orientación peculiar a todo el edificio de la ética económica. Los restantes factores de la vida económica han de ser juzgados y transformados desde esta opción por el trabajo.³¹

Con frecuencias nuestros niños y los seres que amamos están entendiendo que el trabajo sólo sirve para comprar cosas, cuando lo primero que tendrían que saber es que, independiente de las dificultades y problemas, yo amo lo que hago, para luego entrarse de que con eso vivimos.³²

29 GEVAERT, Op. Cit. p. 249.

30 GEVAERT. Op. Cit. p. 252.

31 VIDAL, Marciano. *Moral de Actitudes*. PS Editorial, Madrid 4° ed. 1981, T. III p. 353.

32 SORDO, Pilar: *Bienvenido dolor*, Edit. Planeta, Bs. As., 2012, p. 69.

El hombre trabaja cuando pone en actividad sus fuerzas intelectuales o corporales, dirigiéndolas a un fin determinado que debe ser alcanzado o realizado. Estudiar y orar son verdaderos trabajos, aunque ninguno de los dos produzca nada; otros trabajos de orden *intelectual* y todos los de naturaleza corporal conducen a un resultado exteriormente perceptible, ya sea un producto, ya un cambio de estado o situación. Conceptualmente es posible trazar límites definidos entre trabajo y juego, mas, de hecho, tales límites son imprecisos: una cosa que en sí es juego puede resultar serio y penoso trabajo para quien la ejecuta.

El animal y la máquina también trabajan, pero sólo mientras el hombre aprovecha y dirige su actividad; el animal comparte con el trabajo humano la fatiga; la máquina, únicamente el movimiento y la simultánea superación de una resistencia a lo largo de un camino (concepto físico del trabajo). El trabajo en su acepción propia es un privilegio del hombre y constituye su nobleza. El trabajo supone tendencia a un fin y esfuerzo. Con la primera, la razón dirige el trabajo que así adquiere responsabilidad moral y mérito; el segundo acrecienta su valor moral en cuanto que exige del hombre un empleo real de sus energías.³³

El trabajo intelectual fue siempre apreciado, lo cual, faltando a la justicia, no ocurrió con el corporal. Inversamente el trabajo encaminado a la producción de bienes materiales fue a veces sobrevalorado de un modo unilateral a causa de su manifiesta utilidad. La valoración del trabajo debe ser primeramente «moral»; en este respecto, el provecho económico del resultado de la actividad laboral ha de relegarse como criterio valorativo al último lugar. A criterio enteramente distinto obedece la valoración «económica», la cual cobra tanta importancia porque hoy, para muchísimos hombres, la remuneración (el «equivalente») que reciben por su trabajo constituye la base de toda su actitud en la vida.

Los valores culturales en su totalidad sólo pueden crearse y conservarse mediante el trabajo; de ahí la importancia de revestir de dignidad cultural el trabajo y las condiciones de vida del trabajador, siendo indiferente que su trabajo sea intelectual o corporal, de dirección o de ejecución. Una cultura

33 BRUGGER, Walter. *Diccionario de Filosofía*. Edit. Herder 4° ed. Barcelona, 1965 p. 470.

dirigida al placer, se hunde; una cultura que aprecia y honra el trabajo, prospera.³⁴

El trabajo es siempre una bendición, nunca una maldición; pero puede trocarse en maldición si es sobremanera fatigoso y monótono y deja perecer el espíritu. El mundo del trabajo es fuente de profunda amargura por el espectáculo inmensamente doloroso de innumerables trabajadores de muchas naciones y de continentes enteros a los que se remunera con salario tan bajo que quedan sometidos ellos y sus familias a condiciones de vida totalmente infrahumana³⁵ y a trabajos indignos.

Sin embargo, es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, pues estos últimos no tienen otro papel que el de instrumentos. El trabajo humano, autónomo o dirigido, procede inmediatamente de la persona, quien imprime sus huellas sobre la materia que trabaja y la somete a su voluntad. Además, es para el trabajador y para su familia el medio ordinario de subsistencia; por él el hombre se une a sus hermanos y les hace un servicio; y con la oblación de su trabajo a Dios, se unen al proceso creativo y a la búsqueda de un mundo más humano y humanizante.

34 *Ídem.*

35 MIFSUD, Tony. *Moral del discernimiento*. Ediciones Paulinas, Chile, 1988 p. 51.